



HOMILÍA – EUCARISTÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS
HERMANO MARTÍN SALVADOR TENA
JEREZ, 2 DE SEPTIEMBRE DE 2015

Señor: mi corazón no es ambicioso
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad,
sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.
Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre.
(Salmo 130)

Estimados celebrante, Hermanos, Comunidad y jóvenes del Hogar La Salle, asociados, compañeros y amigos lasalianos que nos hemos reunido para celebrar la vida y la memoria de nuestro querido Hermano Martín: Sed bienvenidos, y gocemos de la presencia misericordiosa de Dios Padre que nos impulsa y nos acoge en la acción sanadora de su Hijo y en el consuelo gozoso de su Espíritu. Buenas tardes a todos, y a su familia, presente en la cercanía del recuerdo.

En torno a la gran mesa de la fraternidad, en familia, a la luz del fuego pascual, nos sentimos convocados esta tarde para compartir nuestra historia y, juntos, agradecer los signos de vida que engrandecen nuestro caminar. Una historia marcada por las huellas de hermanos y hermanas que han esculpido, con sus vidas sencillas, páginas bellísimas que hablan de vida, fraternidad, amor, misericordia, entrega, solidaridad; páginas que hablan de nueva humanidad, de un mundo posible, y que expresan el amor apasionado por la creación; páginas inéditas y profundas que susurran el querer de Dios.

Y hoy estamos aquí para recordarlas, para hacer memoria creativa del relato común, que ilumine nuestro presente -con su dolor y desconcierto- y nos lleve a vislumbrar, intuir, los siguientes pasos. La vida de nuestro querido hermano Martín es nuestra vida, y es semilla fecunda de nuestra historia única y comunitaria; su vida ha sido una carta de Dios, una carta de amigo bienaventurado.

San Agustín, refiriéndose a su experiencia personal, por la pérdida inesperada de un amigo íntimo, escribía: *“El único que no pierde a sus seres queridos es el que los quiere y los tiene en Aquel que no se pierde. ¿Y quién es este sino tú, nuestro Dios, el*

que hizo el cielo y la tierra y los llena, pues llenándolos los hizo?". Así es. Nos sentimos abrazados a él por la fe.

Con estos tímidos, equívocos y, quizás, imperfectos renglones que comparto con vosotros, os invito a asomarnos a esta historia y cantar un himno de acción de gracias, porque Dios se hace grande en nuestra debilidad y nos bendice con el don de los pequeños, los amados por Él. Y este es su hijo querido Martín, nuestro hermano:

Unas sandalias y unos pies ligeros,
desnudos, caminantes,
solo al abrigo del viento;
de rostro cálido y profundo,
espontáneo, sereno y amigo,
siempre a la espera, con los brazos abiertos;
una sonrisa amplia, limpia y sincera,
permanente en sus gestos,
suave,
respetuosa,
acogedora...

Unos ojos indefensos y frágiles,
de mirada firme y trovadora,
profunda,
expresivos en su cordialidad cautivadora...

Y una voz cantarina, asonante, apasionada,
confidente en la sonoridad de sus silencios,
eco de su corazón grande,
afable y confesor...

Sí. Este ha sido el semblante de su ser hermano, allí en Alcora, Alcoy, Paterna, Pont d'Inca, Alucinos (Madrid), Scampia (Nápoles), y en su querido Hogar la Salle de Jerez. En la sencillez y simplicidad de su humanidad, nos ha hablado del Reino de Jesús y de su justicia, con sabor fresco y ardiente de Evangelio. Y no ha sido una cumplida mueca aprendida y vacía, rutinaria; sino la pasión encarnada de su credo y de su abrazo misericordioso al mundo.

Con palabras (y silencios) de amor, nos ha hablado de su familia, de su mamá Carmen, de los niños y jóvenes, los más vulnerables, que han sido los tesoros escondidos y encontrados de su vida, fuente y horizonte donde ha discernido y celebrado su misión, dando hondo sentido a su caminar de hermano. Nos ha hablado de sus hermanos y hermanas, de la siempre desafiante presencia de la comunidad..., y sin palabras... al silencioso compás de los "anawins", nos ha desvelado la inmensidad del corazón de Dios.

Este ha sido el motor que ha revolucionado su caminar. Una simples sandalias, desgastadas, dejando al descubierto unos pies cansados, formados y embarrados por tantas historias contadas en las orillas donde se encuentran los caídos y moribundos o en los brocales de nuestro mundo donde se busca el sentido profundo de la vida, y siempre a la atenta escucha de los clamores de los preferidos de Jesús. Este ha sido el credo de nuestro hermano; este ha sido el itinerario de unos pies aturdidos y apasionados que han seguido, con mucha humildad, al Señor. Ha buscado siempre la misericordia del Padre, y nos ha acercado a esta misericordia con su vida.

Y, en esta tarde, de nuevo la Palabra de Dios sale a nuestro encuentro para darnos respuesta no solo ante el misterio y la incertidumbre de la muerte, sino ante el misterio también de la vida.

El Evangelio nos ha presentado la resurrección de Lázaro, el amigo de Jesús. Una escena como la que estamos conmemorando hoy: el miedo a la muerte de un ser querido, la invocación que hacemos a Dios en estas circunstancias rodeadas de incertidumbre y dolor, el duelo, el consuelo y la confrontación con Dios, la falta de fe... Jesús nos dice que Él es la resurrección y la vida; Él es el vencedor de la muerte; Él no deja a sus "amigos" en el sepulcro; su unión con Él es la garantía de la vida, no solo en un futuro lejano -como lo piensa Marta-, sino ya a partir del momento presente; desde la Fe, el hombre vive ya en la eternidad de Dios. Mediante este milagro, Jesús nos muestra cuánto ama Dios a sus hijos e hijas. Un Dios que se sigue conmoviendo por la humanidad, por los más débiles.

Nuestra fe en la resurrección nos ha de llevar a amar la vida, a desterrar de nosotros todo aquello que signifique o que lleve a la muerte, a situaciones de muerte y desolación -falta de fe-, y nos lleve a salir de los sepulcros, a expresar -y contagiar- que la vida ha de ser vivida con pasión, pero sobre todo con misericordia y ternura, con la mirada fija en Jesús y en los más pequeños. La fe en la resurrección me lleva a amar la vida como el gran regalo del Padre, que me ama con locura y sin medida, y me envía a denunciar todo aquello que sea signo de muerte, de no vida, y a anunciar la Vida como un bien para todos. Es una llamada a situarme en el corazón mismo de Dios.

Aquí se encuentra las respuestas a todos nuestros miedos y a nuestras faltas de fe. Las respuestas que dan certeza y esperanza a la misma muerte.

Nuestro hermano Martín nos ha mostrado ese camino de confianza, que ha esperado y abrazado al Señor que viene. Ha salido a su encuentro, y con los brazos abiertos se ha dejado acoger por la Vida, por el Señor de la Vida.

Dios Padre nos ha concedido la gracia de la vida de nuestro Hermano Martín. Gracias, Hermano, por este camino compartido, y por ofrecernos una forma auténtica de ser hijo de Dios, creador de una historia que se fragua en los gestos convencidos de entrega y silencio, de generosidad y fraternidad, de espera y esperanza. Una historia convencida y convincente del seguimiento de Jesús, manifestada y defendida en tu pasión y amor por la escuela, cuyo corazón son los preferidos de Jesús, y por esa

confirmación permanente de tu sí al Señor en el carisma de san Juan Bautista de la Salle.

Hermanos y hermanas: Abrámonos a la novedad de Jesús, que siempre viene a nuestro encuentro,

- Que nos sintamos el amigo amado que le arranca lágrimas a Jesús; Él no nos abandona en la oscuridad de los sepulcros, y descubrir cuánto nos ama el Padre.
- Que nos abramos a sus llamadas; Él nos llama por nuestro nombre y quiere hospedarse en nuestra casa.
- Que nos dejemos guiar por su Palabra, al grito de "Sal fuera", y a la escucha de los gritos de nuestros hermanos y hermanas. Que aprendamos a conmovernos, a llorar con los sufrimientos y dolores de los más vulnerables.
- Que nos dejemos desatar las vendas y mortajas que no nos dejan seguirle y caminar con Él. Él nos llama a ser sus discípulos, los mensajeros de la Vida. Que no nos durmamos en la pasividad estéril de nuestros miedos, conformismos y costumbres.

Hoy, esta tarde, nuestro Hermano Martín, nos susurra al oído, como hizo Marta a María: *"El Maestro está ahí y te llama"* (Jn 11, 28-29)... Él, nuestro hermano Martín, nos ha dejado las huellas y las sandalias para salir al camino y encontrarnos con Jesús. Como nos dice San Agustín, hablando de la muerte en sus Confesiones: *"Nuestra casa no se derrumba por nuestra ausencia, pues nuestra casa es tu eternidad"*. Así, la casa de Martín fue los pobres, el espacio y la tierra donde habita Dios. Seguirá en nuestra memoria y en nuestros corazones, ayudándonos a seguir confiando en la Palabra y a acoger, con generosidad y firmeza, el Reino de Dios que viene. Que su recuerdo germine en cada rostro y en cada gesto de nuestra misión. Que seamos testigos apasionados de Jesús Resucitado, portadores alegres de su Evangelio, que susurren al oído de nuestra gente que **"Jesús está ahí y te llama"**.

Desde el cielo, junto al Padre, alumbranos. Que descanses en la paz del Dios de la Vida. ¡Viva Jesús en nuestros corazones!

H. Juan González Cabrerizo
Visitador Auxiliar del Distrito ARLEP
Sector Andalucía